

las formas más frecuentes para designar esta patología entre los autores médicos que conforman el corpus del DILAG. En este sentido, hace una distinción entre los términos generales más empleados para referirse a la inflamación, como *inflammatio* o *tumor*, presentando sus diferentes acepciones y las épocas en que más se documentan (principalmente, en la Antigüedad tardía y el Renacimiento), y los términos específicos, como *lupia* o *nodus*, que, siendo más frecuentes en la Edad Media, poseen unos matices más particulares que la autora trata de clarificar.

Finalmente, el trabajo que sirve de colofón a este libro es un artículo llevado a cabo por Cristina de la Rosa Cubo, en el que se estudian los términos empleados para referirse a las mujeres que, de manera voluntaria o impuesta, llevan un modo de vida caracterizado por la ausencia total o el abuso del sexo, esto es, las vírgenes, las viudas, las monjas y las prostitutas. Siguiendo el mismo método de trabajo que en los artículos precedentes, a través de un análisis de los textos médicos de andrología y ginecología utilizados para la creación del DILAG, la autora presenta toda una serie de vocablos para referirse a estas mujeres, acompañados

de las consideraciones morales que implicaban en la sociedad desde la Antigüedad hasta el Renacimiento y del tratamiento que este tipo de féminas recibían por parte de los autores de los textos médicos de las diferentes épocas.

En las páginas finales del libro, un índice de autores antiguos, medievales y renacentistas y otro de autores modernos facilitan el trabajo de búsqueda al lector.

En definitiva, nos encontramos ante una selección de artículos muy completa y muy bien estructurada; un gran modelo a seguir para aquellos que se inicien en el análisis filológico de los textos médicos latinos escritos desde la Antigüedad hasta el Renacimiento y una importante fuente de conocimientos para quienes, como ya comentábamos en párrafos anteriores, estén interesados en abordar dos disciplinas tan alejadas en la actualidad pero tan necesarias mutuamente en los siglos anteriores: la medicina y la filología.

*Alba Aguilera Felipe*

Universitat Autònoma de Barcelona



REGUERA RODRÍGUEZ, Antonio T.

*La obra geográfica de Martín Sarmiento*

León: Universidad de León, 2006, 513 p.

Tradición Clásica y Humanística en España e Hispanoamérica; 3

ISBN 84-9773-288-X

Sin lugar a dudas, Martín Sarmiento (1695-1772) fue un espíritu singular para su época, contradictorio incluso en aspectos esenciales del pensamiento ilustrado, tal como fueron definidos, por ejemplo, por Kant en su célebre opúsculo *¿Qué es Ilustración?* Entender cómo es posible la coexistencia, en un intelectual de primer orden, de una enorme producción escrita de gran diversidad (en parte, aún inédita) junto con una negativa rotunda a publicar nada, obliga al

investigador a mirar dentro de oscuridades humanas que, sin duda, tienen su raíz en el dolor.

Antonio T. Reguera, en el estudio de *La obra geográfica de Martín Sarmiento*, se adentra, de manera completa, tanto en la «geografía» con frecuencia inhóspita del carácter de Martín Sarmiento, mediante un muy acertado y extenso estudio biobibliográfico (pp. 19-94), como en la geografía física y palpable (especialmente la de la Galicia de

su infancia) que él tanto amó desde su celda de monje benedictino en el monasterio de San Martín, de Madrid, como quien dice, sin ni siquiera viajar (p. 140). De esta manera, vida y obra del autor resultan indisolubles.

Pues bien, este insólito encuentro del hecho vital con la obra geográfica es realizado sin caer en una visión romántica del intelectual: el autor siempre mantiene una justa distancia para entender, ser crítico, escéptico y, si cabe, irónico cuando las reflexiones de Sarmiento, «a veces demasiado alegres» (p. 502), así lo requieren. Pues, de hecho, el concepto de «obra geográfica» abraza no únicamente la geografía física, sino también todo un sistema de pensamiento social, pedagógico, naturalista, urbanista, etc., humano en definitiva, que responde a una realidad axiomática en el pensamiento del monje erudito.

Una lectura del índice general muestra la diversidad de problemas y de disciplinas con las que lidió el benedictino: desde la capacidad de abstracción que supone utilizar las matemáticas en los métodos de descripción topográfica junto con el sonido o *phonurgia* (p. 328), hasta la concreción necesaria que supone adentrarse en el campo de la filología (pássim), la botánica (p. 403 ss.), la oceanografía (p. 491 ss.) e incluso el interiorismo con el proyecto de decoración del Palacio Real (p. 473 ss.), por citar tan solo algunas materias, cuya sola enumeración conjunta resultaría apabullante. Se enfrentó con sistemas de pensamiento diferente (por ejemplo: el capítulo titulado «La recepción de la obra de Newton», p. 220 ss.), de manera más visceral que doctrinalmente, a diferencia de la actitud de su amigo Feijoo, que se declaró copernicano (p. 205); pero también lo hizo con personajes concretos y sus proyectos, como el marqués de la Ensenada y la formación de un catastro general (p. 342 ss.), lo que le llevó a formular sus propias ideas sobre fiscalidad, que se caracterizan por la defensa del patrimonio de los monasterios benedictinos (p. 349). Martín Sarmiento, a lo largo de su vida, fue llevado en su trabajo, de una

mano, por la añoranza de su Galicia natal y, de otra, por el resentimiento con su obligado destino en Madrid, forzado por sus superiores monásticos.

Los condicionantes vitales arriba mencionados y la capacidad intelectual del monje geógrafo permitieron crear una obra erudita, de carácter benedictino por sus dimensiones. Sin embargo, *La obra geográfica de Martín Sarmiento* tiene como corolario del dato positivo, de la erudición difícil e insospechada, la faceta del monje como arbitrista. En el último y largo capítulo del libro («Arbitrios para ordenar territorios», p. 365-504), el autor expone cuáles fueron las soluciones que propuso a los estadistas que le solicitaron informes a lo largo de toda su vida, muestra de que su opinión era esperada y escuchada en la época. Aquí aparece claramente su ideario político, netamente conservador: fue defensor de una economía agraria que no alterara las formas tradicionales de vida tan presentes en su Galicia y deseables para toda España, y, a la vez, enemigo acérrimo de la vida urbana y las nuevas formas de producción industriales, con las consiguientes transformaciones sociales y culturales, que, en su fuero interno, rechazaba cuanto más de cerca las sufría. Al lector le resulta admirable que, a pesar del anclaje anacrónico de Martín Sarmiento en la realidad, este aún se esforzara por ofrecer soluciones racionales a todo un país. Sin embargo, a su vez, uno tampoco deja de sentir tristeza, porque descubre que ese gran esfuerzo del intelectual deshumanizaba al hombre, como se comprueba en la muy objetiva exposición de sus proyectos por el autor.

No resulta posible, por obvias razones de espacio, ni tan siquiera una enumeración de todas las problemáticas (ya no tan solo de las disciplinas académicas) que Antonio T. Reguera aborda en *La obra geográfica de Martín Sarmiento*, cosa que le convierte, a su vez, en erudito. Desearía tan solo tratar una cuestión que, por su centralidad, caracteriza la obra del benedictino, y es su negativa a aceptar la validez de cualquier sistema

de pensamiento racional que se constituya independiente de una fe vital e intelectual en Dios (p. 201 ss.). ¿Fue Sarmiento realmente un «ilustrado» en el pleno sentido de la palabra, o bien debemos considerarlo una figura jánica, situada entre un pensamiento teológico tardío y la auténtica Ilustración venidera? En algún pasaje del libro, se desprende claramente esto último (por ejemplo, en la p. 476). Sería el único punto con el que sentiría del autor. Ya M. Batllori demostró, en su momento, la presencia en la época de una «Ilustración cristiana» que, a causa de su fe, no era más visible en sus contradicciones (y menos racional) que una Ilustración «atea», pues, como reza el dicho: «Hay razones del corazón de las que la razón nada sabe». Con esta condición, Martín Sarmiento sí que es heredero de una larga tradición humanística, y no tan solo un erudito. ¿O es que no intentó también él poner un orden al mundo y a su propia sociedad, a pesar de no ser del todo consciente de ello? Una prueba es que, a pesar de su segura misantropía, no dejó de escribir durante toda su vida: otra de sus numerosas contradicciones, pero que esta vez le honra. Aunque Martín Sarmiento no fue un hombre feliz (esta es la clara impresión

que se percibe), sí que, en la redacción del texto, le hubiera concedido el tratamiento de «padre», pues, en la constante lucha vital y de pensamiento que sostuvo, la fe religiosa debió mantenerle sobrio, y la lectura y el estudio, sosegarle.

Dicha observación (con la que el lector de esta recensión puede también no estar de acuerdo), junto con la minucia de la necesidad de incluir un índice final para las numerosas «figuras» y «tablas» que ilustran y compendian un texto de cuidadosa redacción, y quizás la repetición deliberada de algunas ideas (útiles, sin embargo, para los futuros lectores de un trabajo tan extenso) es todo lo que puedo objetar. En definitiva, Antonio T. Reguera nos guía, mediante una exposición clara y sistemática por el pensamiento geográfico de Martín Sarmiento, como en un viaje que no pierde intensidad. ¡Enhorabuena!

Miquel Torras Cortina

Universitat Autònoma de Barcelona  
miquel.torras@uab.cat



LIANERI, Alexandra (ed.)

*The Western Time of Ancient History: Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts*

Nueva York: Cambridge University Press, 2011, 356 p.  
ISBN 978-0-521-88313-9

Excelente contribución a la historia de la historiografía que aborda la génesis del pensamiento historiográfico occidental. Se trata de un volumen ideado tras un seminario celebrado en mayo de 2005, el Craven's Seminar de Cambridge, con el título *Ancient Histories and Modern Historicities*. El resultado son quince capítulos, más la introducción de la editora, la profesora Alexandra Lianeri (Universidad de Tesalónica). La edición del volumen es magnífica en todos los aspectos: calidad de

la encuadernación, gramaje del papel, índice analítico y onomástico, además de una bibliografía final que facilita la lectura de la obra y justifica el precio.

En cuanto al contenido se refiere, merece la pena señalar la homogeneidad de su calidad científica. Todos los contribuyentes son autores consagrados y ello se hace notar en la madurez de sus exposiciones respectivas. A nivel general, cabe remarcar únicamente la patente incongruencia entre el título y el contenido. A decir verdad, casi la totalidad